

PALABRAS INICIALES

Hace ya muchos años, un relativamente joven cubano, radicado en Madrid, daba sus primeros pasos como secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española en la docta casa que la aloja, la Real Academia Española. Con un mucho de emoción y un poco de seguridad, el funcionamiento de la ASALE desde entonces a su cargo ha ido marchando bastante bien, y creo que así han transcurrido los más de veintitrés años que han pasado desde entonces. Como sucede en casi todas las familias, algún que otro entuerto acaecido sucumbió con el pasar del tiempo, que todo lo cura, y con la colaboración de tantos sabios colegas y el consejo de los buenos hasta la ignorancia se ha superado y nos ha servido para hacer las cosas como deberían ser la cosas.

Hoy, aquel joven con ya la más amplia experiencia que da la vida se despide de aquella grata encomienda ahora a las puertas de celebrar sus primeros ochenta años de vida.

Salga a contar el agradecimiento por la grata encomienda a la que me impulsaron y alentaron algunos, con su aprobación a mi candidatura y su voto personal, para ocupar el puesto que dejaba vacío, por fallecimiento repentino, el admirado académico colombiano D. José Antonio León Rey. Desde muy temprano he contado con la ayuda y el estímulo de grandes amigos y maestros, buenos en el hacer y el quehacer de las obligaciones y responsabilidades que llevan el manejo de una asociación que abraza a veintitrés academias de la lengua española en diversas partes del mundo, lugares tan apartados unos de otros como pueden ser las islas Filipinas, la República Argentina y la Guinea Ecuatorial, países distintos pero unidos por el lazo de la lengua española.

A ellos quiero rendir homenaje con la modesta aportación de estas páginas que recogen la tremenda y fructífera actividad que con gran esfuerzo se ha llevado a cabo desde la creación de la ASALE con la brillante iniciativa del presidente mexicano D. Miguel Alemán, hasta el más reciente congreso, celebrado también en la ciudad de México el mes de noviembre de 2015. Vaya mi agradecimiento a todos los pasados presidentes de la Asociación, en especial a aquellos con los que he

podido colaborar directamente desde mi elección el 26 de abril de 1994 durante el X Congreso celebrado en Madrid: D. Fernando Lázaro Carreter, D. Víctor García de la Concha, D. José Manuel Blecuá y D. Darío Villanueva. Extiéndase este agradecimiento a todas y cada una de las academias que forman esta gran familia, a sus directores y a sus miembros que por muchos años han llevado sobre sus hombros las tareas de la lengua que a todos nos junta en un objetivo común, la salud de nuestra lengua y su embellecimiento con las aportaciones de todos.

En el transcurso de estos años, a muchos debo la suerte que he tenido de compartir porciones de los espacios de sus vidas, y algunos han dejado profunda huella en la mía. Deseo por aludido el grato recuerdo de maestros como lo fueron D. Rafael Lapesa y D. Manuel Alvar, a quienes debo mucho más de lo que podría decir en unos cortos párrafos. Debo también, y debo mucho, a los amigos que me han rodeado y han hecho mi circunstancia del día a día más vivible. Ellos y yo estamos al tanto de quienes hablo. Con la publicación de este libro también tengo una deuda pendiente. Se trata de quienes han puesto conmigo tiempo y esfuerzo para que estas páginas vieran la luz: D. Carlos Domínguez Cintas, coordinador de Publicaciones de la Real Academia Española y de D. Orlando Rodríguez Sardiñas (Rossardi), de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, amigos sin los cuales no hubiera podido disfrutar de este momento. Con ambos, repito, estoy eternamente en deuda. Quiero también aprovechar la ocasión de cerrar las puertas de un ciclo de vida abriendo otras nuevas para dejar pasar a mi amigo D. Francisco Javier Pérez, nuevo Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua Española en quien confiamos para seguir brindando, con el entusiasmo que le caracteriza, una mano abierta y un conocer dispuesto a las tareas que se avecinan.

Caigan ahora en vuestras manos los recuerdos de tantos años de ajetreo de la Asociación de Academias de la Lengua Española, y que sirvan para al menos tener en cuenta que ese trabajo bien hecho adornó y seguirá adornando la memoria de un nutrido grupo de hombres y mujeres tremendamente dedicados y con muy buena voluntad.

HUMBERTO LÓPEZ MORALES
Miami, octubre de 2016